

# Universidad sosegada

JOSÉ SEBASTIÁN CARRIÓN GARCÍA



Dos universitarios charlan en un banco del campus de la Merced. /TITO BERNAL

Si la vida estuviera en entorno Windows, abriría una ventana desde el documento *Universidad de Murcia* y me escaparía a través de ella durante los próximos cuatro años. Desafortunadamente, sólo los paraísos virtuales permiten tan apetecible moratoria psicológica. Siempre queda, eso sí, el recurso al amor, la poesía, la ciencia, el cine, el teatro y la música. Decía Cesare Pavese que «la literatura es una defensa contra las ofensas de la vida». Y Sartre acudía al cine para salvarse de la facticidad de un mundo que no le gustaba. Allí saltaba desde la «viscosa consistencia» de la realidad y dejaba de sentirse supernumerario.

En la Universidad estamos otra vez de elecciones. Y ahora parece que ni siquiera habrá dos opciones. O todo marcha muy bien o es que nos han insuflado papaverina con la última nómina. La verdad, deberíamos vestirnos de luto. Aunque sólo sea porque al universitario medio (es decir, no sólo al que es representante o coordinador de algo), las elecciones lo único que hacen es recordarle la cloaca en la que muchos se empeñan en convertir nuestro lugar de trabajo.

Erase una vez, hace cuatro años, un programa electoral que decía: «El Claustro Universitario no ha asumido, en la práctica, el papel protagonista que le corresponde, de manera que la afirmación de los artículos 15 de la Ley de Reforma Universitaria y 23 de nuestros Estatutos, de que el Claustro Universitario es el máximo órgano representativo de la Comunidad Universitaria, no ha pasado de ser una mera declaración de principios sin efectividad práctica alguna». Y aunque es cierto que ello se puede deber a que en ocasiones no ha habido interés en convocarlo por parte de los equipos de gobierno, también hay que tener en cuenta que tal vez fuera aconsejable una modificación estatutaria que terminara de consagrar sus funciones, y el reconocimiento práctico de su competencia para algo más que para elegir al Rector y aprobar los Estatutos.

Es cierto que hace mucho de eso y que, en Murcia, el clima y la buena comida inducen a la contemplación. Pero el hecho es que los Estatutos no se han modificado y el Claustro no ha asumido ningún protagonismo más allá del recurso a legitimar incluso un adelantamiento electoral, cuya legalidad, como mínimo, resulta discutible. Además, en aquel programa extenso

*Estamos de elecciones y parece que ni siquiera habrá dos opciones. O todo marcha muy bien o es que nos han insuflado papaverina con la última nómina*

vos de una burocracia que se cree que existe por sí sola), de seriedad en el comportamiento y ético (y la Defensora del Universitario tiene que ir a juicios porque los gobernantes se lavan las manos en los asuntos delicados), de elevar la calidad de la docencia (y a los profesores nos han convertido en vendedores de elixir en clases reventadas de alumnos), de hacer competitiva la investigación (y ¿qué hay del Plan Regional de Investigación aprobado por el Consejo de Gobierno de la Comunidad?), de rehabilitar a los Departamentos como coordinadores de la docencia (mientras se les mandan dardos envenenados para ahorrar decisiones impopulares).

En este contexto, nuestro rector dice percibir «voluntad de continuidad» y que la Universidad debe transmitir «sosegado». Y en la última sesión del Claustro se avergüenza del «penoso espectáculo» que supone ver a los claustales pasarse tres horas discutiendo banalidades. Y el Presidente de la Mesa, de postre, dice en el periódico que «a los claustales no los reunimos ni con el video de Pedro J. Ramírez». Como el Dr. Frankenstein, abominan de su propio monstruo. Incluso, algún claustal, en plena catarsis de culpa, habla de «Claustro autodisuelto». Pues, miren ustedes, no. No existe voluntad de continuidad, ni, en los albores del tercer milenio, la Universidad debería estar para transmitir sosiego, ni para salir tanto en la tele, ni para que

la gente haga currículum, sino para ser el motor hacia una sociedad más justa y plural, con temperamento y compromiso como algo más que palabras en un programa electoral. Ni el Claustro se ha autodisuelto, sencillamente porque no dependía del mismo ser convocado. Decir que un Claustro está autodisuelto tiene tanto sentido como decir que tiene dolor de espalda. No confundamos nuestros pecados con la inoperancia calculada de un Órgano. A los claustales nos han humillado y aburrido, a veces no se nos ha dejado ni hablar. Y ahora, como diría Kafka «una jaula sale en busca de un pájaro».

Hace cuatro años, a los pocos que, con más ilusión que fuerzas, se lanzaron al ruedo a declarar que no era bueno para la Universidad estar gobernada por políticos («Tercera Vía»), se les puso el sello de «agoreos», «locos», «desestabilizadores» o «resentidos». En ciertos casos se procedió a la caza de brujas. Quizá fue bueno para la institución que se tuvieran que retirar a felices aposentos, alimentándose diariamente de nutritivas clases y estimulantes artículos en inglés. Pero algunos nos fijamos en las caras de nuestros alumnos, tenemos la bendición de ser padres o incluso a los hijos en edad universitaria. La Universidad es para muchos una forma de vida. Por ella hemos restado tiempo a familias y hobbies, por tan vehemente dedicación han fracasado matrimonios, padres y amantes. Así,

resulta lamentable que tengamos que asistir a este bochornoso teatro de política barata. Pues por mucho que esto parezca cadavérico, aquí, en un hermoso anonimato que ustedes ignoran (porque no les vale para las elecciones), hay todavía muchas deshoras de trabajo entusiasta, demasiada esperanza y alumnos, hijos por educar y mandar a la Universidad, para que se nos siga mintiendo y manejando con la excusa de que no nos enten-

*No sé si será mejor confiar a nuestros futuribles gobernantes que esto no empeore, o si será necesario que sean fuerzas extrínsecas las que convoquen el cambio hacia la eficacia*

ramos o de que no nos van los altercados. Todo tiene un límite y la vida da muchas vueltas, algunas de ellas de campaña.

No sé si es mejor confiar a nuestros futuribles gobernantes la honorable misión de que esto no empeore, o si será necesario, en plena euforia del neocatastrofismo, que sean fuerzas extrínsecas las que convoquen el tan añorado cambio hacia la eficacia y la tolerancia. Lo más triste es que, mientras somos conscientes de los problemas y tenemos las soluciones en nuestras propias manos, tengamos que esperar a que los meteoritos de París, Madrid o Alicante se estrelen contra Murcia, a ver si dejan algún baldío donde pueda crecer la hierba fresca. Decía E. Fromm que «nuestro principal problema moral es la indiferencia del hombre para consigo mismo». E Yves Navarre que «sabemos contar nuestros sueños pero hemos olvidado como vivirlos».

José Sebastián Carrión García  
es profesor de la Facultad de Biología